

La visita a un Museo excepcional

ALFREDO RAMÓN *

ES evidente que en esta temporada, en cuanto a exposiciones importantes se refiere, destaca la llamada *Tesoros del Museo de Bellas Artes de Bilbao* que permanece abierta en el Museo Municipal de nuestra ciudad.

Solemos visitar los museos, vamos a ver los museos. Cuando lo hacemos, recorremos las salas, nos detenemos más tiempo en lo que creemos es de mayor calidad, vamos haciendo nuestra personal antología. Después, si no tenemos la oportunidad de volver frecuentemente a uno de esos museos, se va formando en nuestra memoria un núcleo de obras importantes que permanecen en nuestra mente siempre. Pero en esta ocasión, ha sido el museo el que nos ha venido a visitar a nosotros. El museo de Bilbao ha venido a Madrid, y, además, gracias a los organizadores de la exposición, nos ha visitado con una antología ya «hecha». ¿Cabe mayor regalo y comodidad? El conjunto de obras, los «tesoros», estupendamente colgados en las salas de nuestro museo de la calle de Fuencarral, constituyen una muestra de primerísimo interés.

Hace años, con motivo de un cursillo de iniciación a la cultura española para estudiantes extranjeros dado en Santander, en el que yo participaba como profesor de arte,

propuse una excursión a Bilbao para visitar el Museo de Bellas Artes. «¿Bilbao? —me decía la directora del curso, norteamericana e hispanista entusiasta—, ¿para qué vamos a Bilbao? ¿Para ver la zona industrial?» De esto hace años, aunque no demasiados. Hay muchos españoles que harían la misma pregunta. Desde ahora, por lo menos muchos, muchísimos madrileños ya no la harán.

La historia del nacimiento del museo, las vicisitudes pasadas hasta llegar a lo que hoy es uno de los mejores de España, están perfectamente contadas y documentadas en el excelente catálogo, donde también hay una exhaustiva y precisa información sobre cada una de las obras expuestas.

Dicho esto, hagamos nuestro personal recorrido. En el lugar destacado, formando un trío impresionante que llena un muro, gravitando de forma casi obsesiva sobre toda la exposición, están el *Retra-do de doña Teresa Mudarra y Herrera*, de Claudio Coello; *Las santas mujeres curando a San Sebastián*, de Ribera, y el *San Lesmes*, de Mu-rillo. Los tres poseen una monu-mentalidad, una intensidad de presencia de primer orden. El de doña Teresa Francisca, pintado con más detalle y con más precaria materia que los otros dos, nos «aga-

* La Granja de San Ildefonso (Segovia), 1922. Pintor.

rra» con la fuerza de una cabeza donde el carácter, el orgullo, la intransigencia, la autoridad aparecen plasmadas por el pintor en una efigie inolvidable. La fría finura de la tez y la frescura de unos lazos rojos, refinan un conjunto austero de cálidos tonos cenicientos. El Ribera, muy orcurecido desgraciadamente, como muchas obras del maestro, nos muestra esa amplitud de sus composiciones, esa tendencia a mover sus formas de una esquina a otra del cuadro, y su maestría para unir los colores calientes con tonalidades de metal envejecido. Una de las santas nos mira gravemente, desde el siglo XVII, viva y humana siempre. El San Lesmes de Murillo está ahí, sólido y fuerte, a pesar de su dulce mirada; es un hombre como nosotros, de manos ásperas y pies duros que pisan sólidamente el suelo. Humanidad y religiosidad, esas dos características de la pintura española del XVII, se hermanan perfectamente en este cuadro de cálidos tonos castaños.

Cerca, los dos Grecos, el San Francisco y La Anunciación, de composición típica del cretense, atraen profundamente con sus bellísimas gamas de plata. Se nos antoja más atractivo el cuadro de Zurbarán de la Verónica, vigoroso y sutil, que la Virgen y los niños demasiado amañecados. Los grandes pintores españoles siempre fueron superiores con el modelo humano delante. Así, en las agradables Vírgenes de Carreño y Antolínez, las figuras de los ángeles niños, indudablemente hechos basándose en estampas, rebajan la calidad del grato conjunto.

Fino y pleno de reminiscencias clásicas es el Van Dyck, la *Lamentación sobre Cristo muerto*. Vigoroso y cálido resuelta el *Dios Pan* de Jordaens, aunque incómodamente cortado. No podemos citar todo lo que hay anterior al siglo XIX, pero debemos recordar un re-

trato francés firmado por Voiriot, mucho menos «aporcelanado» que el de Van Loo, pintado con una grata y fresca materia que aligera el denso rojo dominante. De Luis Paret hay una deliciosa *Vista de Fuenterrabía*, en la que el óleo posee una calidad sedosa y refinada.

El «acceso» al siglo XIX está marcado por dos excelentes retratos de Goya. El de Martín Zapater y el de Moratín. Ambos retratos de amigos, ambos sencillos, entonados en verde y gris, dieciochesco y fino el primero; pesimista, pastoso y desilusionado el de Moratín (pintado en Burdeos poco antes de la muerte de don Francisco y del propio Moratín). Es un gran acierto haberlos colocado juntos. Así, vemos cómo el optimismo y la serenidad, la decadencia y la tristeza pueden estar expresados con un lenguaje pictórico perfectamente adecuado y justo.

Las obras del XIX son de lo más interesante de la exposición. Una vez más, ante las obras expuestas sentimos lo necesario que es volver sobre la pintura española de esa época; difundirla, valorarla, estudiarla a fondo. Varias piezas nos muestran el alto nivel de nuestra pintura en el pasado siglo. El retrato de Fortuny de Francisco Domingo, quizá algo fotográfico, tiene sin embargo todo el vigor y la soltura de su autor. El paisaje de Carlos Haes es uno de los mejores cuadros del conjunto. Sólido, hecho, es una pintura que podríamos decir «completa». No tiene ningún aspecto de experiencia que «usa» la Naturaleza. Al contrario, la maestría del pintor está dignamente al servicio de la grandeza, la frescura, la poesía del paisaje. Un cuadro inolvidable. Algo parecido podemos decir de la *Joven dama en el jardín*, de Raimundo de Madrazo. Los blancos y grises rosados, acompañados de un rojo oportuno e intenso, cantan ante los verdes castaños y pro-

fundos. Una vez más, al ver el cuadro de Gonzalo Bilbao lleno de gente, de seres humanos que bailan, ríen, cantan, dibujados con agilísimos trazos de pincel que ciñen atrevidos toques de color, pensamos en lo infravalorado que está este prodigioso pintor.

En el muro de enfrente, se exponen obras donde están presentes «experiencias» del arte moderno; están bien, claro está, pero curiosamente nos parecen más «envejecidas» que lo citado. Es curioso lo que pasa con la pintura. En muchos comentarios y noticias sobre esta exposición, se cita una y otra vez el cuadro de Gauguin. Está bien, desde luego, y es un orgullo para el museo poseerlo, pero dejando aparte las clasificaciones, las tendencias, los estilos,..., en cuanto a auténtica calidad pictórica, ¿es mejor que el Gonzalo Bilbao? Me atrevo a decir que no.

Más adelante, nos llama la atención el retrato de Unamuno, por Sorolla. Es una pintura realmente monumental. La magnífica cabeza se destaca sostenida por un firmísimo contorno que encierra un volumen y una materia que se simplifica y aclara en la parte inferior, realzando así, aún más, la fuerza de la cabeza de don Miguel.

Antes de llegar a los pintores vascos, hay que admirar una vez más y recordar siempre uno de los mejores cuadros que se han pintado en España en el siglo XX: las *Mujeres de la vida*, de Solana. Ante ese cuadro, ¡qué ornamental se nos queda Delaunay, que poquita cosa resulta el cuadro de Eugene Zak! Ambos colgados en la pared de enfrente.

No vamos a describir el cuadro de Solana tan conocido, pero ante aquellas cinco mujeres que nos muestran la implacable decadencia del ser humano, sentimos una confusa vergüenza por haber convertido la pintura después en algo tan

caprichoso, tan experimental, tan frívolo, tan «interesante».

Citemos ahora tres cuadros muy diferentes, pero de gran atractivo (¡qué rica en personalidades ha sido la pintura española a lo largo de nuestro siglo!) Una gitana de No-nell, pieza triste, desesperanzada, de estupendo color de limón envejecido. Un desnudo femenino de Sunyer, fresco y tranquilo como una fruta madura. Y la *Fábrica*, de Vázquez Díaz, excelente muestra de su cubismo domesticado.

El conjunto formado por los pintores vascos es de gran interés y alto nivel. Pero esta abundancia, esta calidad innegable, ¿tiene rasgos comunes, características generales, para hablar de «Pintura Vasca»? No sé. En todo caso, lo que es evidente es que desde fines del XIX hay un nutrido grupo de excelentes pintores vascos, algunos con poderosa personalidad.

Sorpresa deliciosa es el paisaje de *El Abra de Bilbao desde Algorfa*, de Barroeta. Transparente y tranquilo, nos hace añorar un mundo perdido. Vemos con placer las obras de Regoyos, de Juan Echevarría, de los Zubiaurre y de varios más.

Pero lo que destaca en nuestra visita es el conjunto de obras de Iturrino, de Arteta y de Zuloaga. La pintura de Iturrino es siempre sorprendente e inquietante. Hay algo en ella como disociado, como si las sendas por donde transcurre no estuviesen claramente marcadas. Me explicaré. Da la impresión de que Iturrino «se atreve» a exaltar, violentar el color, pero lo encierra en un dibujo correcto, tranquilo, donde los fuertes colores no parecen sentir a sus anchas. Eso creo verlo claramente, por ejemplo, en el interesante retrato de don Rafael Echevarría.

Esta cierta disociación no existe en las obras de Arteta. Dibujo estilizado de amplios volúmenes y colores sobrios, se hermanan per-

fectamente para mostrarnos un mundo humano, serio, industrial y algo melancólico.

Hemos dejado para el final a don Ignacio Zuloaga. En la exposición quedan patentes su vigor, su deseo de construir, de rematar, sin dejar nada al azar, su valiente y frontal planteamiento de los temas. Pero también están presentes ciertas acritudes de color y un exceso de oscuros, mates y densos que por el material empleado, aplastan algunas zonas de sus cuadros, «craque-lándose» y perdiendo vitalidad y jugo. Esto se pone de manifiesto en el retrato de la condesa de Noailles, por otra parte tan bello, tan «gran retrato» pleno de sugerencias y aureolado de misterio tan de acuerdo con la personalidad de la retratada.

Párrafo aparte merece el *Paisaje* al que podemos comparar con el de Carlos Haes. Ambos cuadros resuelven los problemas con pintura, con forma, con color. El resultado es de dos cuadros totalmente distintos. Transparente, vegetal, pleno de atmósfera, con un gran cielo, el de Haes. Pétreo, geológico, alto de horizonte, «rabiosamente» resuelto de forma, el de Zuloaga.

Exposición de Raoul Dufy

ESTA muestra montada en la Casa del Monte es oportuna, porque no creo sea muy conocida la obra de este artista por el gran público madrileño. La exposición, sin embargo, tiene un tono «menor», aunque en ella vemos la habilidad de Dufy para eludir los problemas, dándonos una versión de la realidad, de su placentera realidad, disociando dibujo y color manchando alegremente la superficie a pintar y sobre las manchas trazar con un dibujo poco riguroso figuras y formas. Fórmula eficaz, que se ha imitado mucho y que en ciertos temas, como las flores pintadas a la acuarela, alcanza una deliciosa justificación.

Terminamos esta crónica felicitándonos por una exposición de gran interés: la de Edward Hopper en la Fundación March. Pero de este gran pintor norteamericano hemos hablado muy recientemente en estas páginas, con motivo de una exposición suya vista en Nueva York.